



Seix Barral Biblioteca Breve

Felipe Restrepo Pombo

Formas de evasión

PRIMERA PARTE

EL ORDEN DE LAS COSAS

*«Nada hay más vacilante, nada más empírico
(cuando menos en apariencia) que la instauración
de un orden de las cosas; nada exige una mirada
más alerta, un lenguaje más fiel y mejor modulado».*

MICHEL FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*

Lo que pocos saben es que Víctor Umaña disfrutaba, de vez en cuando, desaparecer. Nuestro último encuentro fue una tarde de primavera, inusualmente calurosa, cuando yo acababa de cumplir treinta y cinco años. Entonces pasaba la mayor parte de los días refugiado en las librerías de mi barrio. Ahí podía estar horas, escondido de la realidad y desperdiciando el tiempo sin grandes remordimientos. Cuando entró, tardé en reconocerlo. Había transcurrido un largo periodo desde la última vez y ahora estaba transformado. A pesar del calor, vestía un pesado abrigo de invierno —que posiblemente no había lavado en una década— y era evidente que pesaba varios kilos menos. Sin embargo, una enorme panza colgaba sobre la pretina de sus pantalones deportivos de color indefinible. Traía la barba larga y mal cortada. Algunos mechones desiguales de pelo sucio se asomaban debajo de una gorra de lana. Arrastraba —con su cojera característica— unos tenis que alguna vez fueron blancos. Su piel era amarillenta. Se había dejado llevar por la enfermedad.

Por un momento creí que me reconocería. Pero no lo hizo, o al menos eso fue lo que dejó ver. Tomó un libro de una estantería y comenzó a leer. Sólo levantó una vez los ojos, nublados, y me miró de nuevo. Tal vez fue el último de sus reproches sarcásticos. O tal vez el movimiento automático de un hombre perdido y cercano al delirio. Es muy posible que ya ni siquiera distinguiera el pasado del presente. Pero, como siempre, todo lo que rodeaba a Umaña era ambiguo. Y mi reacción fue la misma: quedé paralizado y sin palabras. Tomé un diario y pretendí que tampoco lo había reconocido. Me quedé así varios minutos: observando una misma página y con la mente en blanco. Luego logré moverme. Tiré el periódico y salí, ofuscado. No miré hacia atrás ni le dije nada. Ahora pienso que al menos habría podido tener un gesto amable con él.

Volví a mi casa y me senté frente a una ventana. Llevaba ya mucho viviendo en esa ciudad, sin una razón aparente. Desde la ventana del estudio se veían los techos desiguales de los edificios vecinos. Atrás, se asomaban las cúpulas de alguna iglesia antiquísima y, más allá, una antena enorme. Ese paisaje cotidiano me conmovió: no sé por qué, pero no pude dejar de observarlo hasta el anochecer. Había estado ahí, frente a mí, todos los días que pasé en ese apartamento. Pero esta vez me pareció triste, como nunca antes.

Cuando la noche cayó definitivamente me tiré sobre la cama y decidí regresar a mi país.

No es fácil establecer el orden de las cosas. Es más: es posible que gran parte de esto nunca haya ocurrido. O sí: pero de manera diferente —acaso un poco más retorcida—. He logrado armar esta historia a partir de recuerdos, testimonios de los amigos y enemigos de Umaña, documentos y, desde luego, de su propia versión, muy confusa, de los hechos.

Pero, aun así, una reconstrucción juiciosa no es factible. Porque los límites son inexactos: no puedo rastrear un inicio preciso y todavía sigo esperando su final. Los eventos no son sucesivos ni claros: están desperdigados por ahí, en una nebulosa de incertidumbres. Las fechas se entrelazan y las locaciones no son específicas. Tratar de ordenar este mosaico caótico es frustrante. Sólo tengo una certeza: la razón por la que me fui de mi país —y también, como entendí después, por la que regresé— fue Víctor Umaña. Pero partí en busca de un fantasma. Una persona que no era más que un recuerdo, de la que no sabía nada y a quien no tenía idea de cómo encontrar. Tampoco sé por qué lo busqué: las razones son contradictorias y, con el tiempo, han ido cambiando. Pero, entre las imprecisiones, puedo descifrar un comienzo para mí: fue Julia Covarrubias quien me condujo hacia esta obsesión.

Fue ella quien me hizo notar el pasado común que unía a nuestros padres, lo que me produciría una profunda inquietud.

Umaña fue hijo único, en una familia de clase media bogotana. Su padre era un teniente de la policía y su madre una silenciosa ama de casa. Uno de los recuerdos de infancia que más lo marcó, me contó alguna vez, fue cuando estuvieron escondidos por unos meses. Umaña tenía ocho años. Su papá, al parecer, se había ganado enemigos peligrosos: denunció a varios de sus compañeros que recibían dinero de contrabandistas locales. En un momento la situación era insostenible y fue amenazado de muerte.

Así, una noche, se fueron a una casa perdida. Estaba enclavada en una montaña solitaria en la que no había nada en varios kilómetros a la redonda. Pasaron allí menos de un año, pero recordaba con particular claridad el miedo de su mamá y la desesperación de su papá. Umaña dormía en una improvisada buhardilla, encima del único baño. Era oscura y olía a humedad. Muchas madrugadas, el frío lo despertaba y bajaba, casi dormido, a la sala. Parado frente a un ventanal enorme contemplaba un bosque negro y espeso de pinos gigantes. Y se quedaba ahí, mirando el paisaje nocturno y helado de miles de árboles cubiertos por una capa de neblina.

Su papá empezó a sufrir de insomnio y, en las primeras horas de la mañana, salía a recorrer el bosque. A veces llevaba un arma que disparaba, para no perder la costumbre. En sus días más tristes, Umaña solía recordar cómo el eco del disparo retumbaba, majestuosamente, en medio del silencio del amanecer.

Las amenazas cesaron y la familia regresó a la ciudad. Sus vidas retomaron una aparente normalidad, aunque, supongo, a Umaña lo acompañaron desde entonces algunos presagios oscuros sobre su futuro.

Creció rodeado de familias de policías. Sus compañeros de niñez y juventud fueron los hijos de los uniformados que habían acompañado a su padre durante el servicio. Muchos de ellos se convertirían en sus mayores aliados más adelante. Otros, a los que se refería como «los peores», terminarían siendo un obstáculo. Fue una época particularmente violenta, donde la muerte estaba siempre presente. El gran capo del narcotráfico local, entonces en la cúspide de su poder, le declaró la guerra a la policía y ofrecía recompensas a quienes mataran a un agente. Estos uniformados caían a diario, y Umaña recordaba haber pasado tardes enteras de su adolescencia en los entierros de los padres de sus compañeros de colegio.

Durante ese tiempo entendió cómo funcionaban las organizaciones criminales, el mercado de las armas y de los mercenarios. Su padre colaboraba de vez en cuando con la agencia de inteligencia del Estado, y era un tema cotidiano en casa. Pero en ese momento a Umaña no le interesaba en lo más mínimo. Mientras muchos de sus amigos empezaron a involucrarse en la milicia, él escogió un pasatiempo menos peligroso: el ajedrez. Leía libros sobre el juego y recreaba grandes partidas históri-

cas sobre un tablero que encontró abandonado en casa. Su ajedrecista favorito fue, siempre, el enigmático Bobby Fischer. Veía una y otra vez las míticas partidas entre el campeón estadounidense y el soviético Boris Spassky.

Por esa época, mi padre también era profesor universitario. Enseñar era su vocación, pues venía de una familia acomodada en la que la docencia nunca había sido una profesión común. Dictaba clases de Economía, pero su pasión era la política. Organizaba grupos de discusión con los estudiantes y con los demás profesores. Hablaban sobre la corrupción que devoraba al país y planteaban soluciones de todo tipo: desde organizar un partido de izquierda hasta armar un grupo guerrillero revolucionario. Por supuesto estas ideas siempre se quedaban en su imaginación. Apenas se atrevía a dar a sus alumnos discursos incendiarios en los que criticaba al gobierno de turno o escribía artículos en contra de la postura política de los dirigentes de la universidad en la que enseñaba.

En aquella universidad, una de las más costosas del país, la administración veía con muy malos ojos su actitud rebelde. Sin embargo no podían hacer mucho: él era uno de los profesores más queridos por los estudiantes.

La última semana que mi papá dio clases en su vida fue a finales de la década de los ochenta. La semana en que ocurrieron los hechos, los diarios publicaron un

aterrador informe sobre derechos humanos en diferentes universidades del país, que revelaba cómo varios profesores de provincia habían sido asesinados por su militancia en partidos de izquierda. Mi papá, que mantenía correspondencia con varias de las personas que se encontraban entre las víctimas, se salió de sus casillas. Apenas se enteró de la noticia, salió corriendo hacia la universidad, donde comenzó una protesta con otros profesores y alumnos. Exigían que su universidad se manifestara públicamente en contra de estos crímenes. Esa noche no fue a dormir a casa pues se quedó acampando, junto a varios más, en los salones de clase. Con el paso del tiempo, fue aumentando el tamaño del movimiento, y las operaciones de la universidad se paralizaron.

El rector era un joven yuppie administrador de empresas que acababa de asumir su posición y no iba a permitir que un revoltoso profesor arruinara su debut. Así que, siete días después de iniciada la huelga, decidió despedir a mi papá y a otros tres profesores. Advirtió, además, que expulsaría a los alumnos que siguieran en huelga y no regresaran normalmente a clases. La decisión, desde luego, enfureció a todos: más y más estudiantes se fueron sumando a la huelga y el tono de sus reclamos aumentó. Pero el joven rector no iba a dar su brazo a torcer. Así que, al poco tiempo, mi padre y los otros tres profesores aceptaron su despido y les pidieron a los estudiantes que volvieran a los salones: era época de exámenes y sabían que seguir en huelga podía afectar el futuro de varios jóvenes.

El día que se retiró de su improvisado campamento, mi papá fue despedido por una multitud de estudiantes que lo aplaudió emotivamente. Él les prometió que los vería pronto, pero nunca volvió a pisar un salón de esa o de ninguna otra universidad.

No obstante, nunca paró de trabajar. Al contrario: comenzó a obsesionarse con la militancia y finalmente fundó un pequeño partido de izquierda con varios de sus amigos simpatizantes de la causa e intelectuales de diversas disciplinas. Fue cambiando las finanzas por las palabras: se encerraba todos los días a escribir proclamas, a preparar protestas y a retomar la revista de temas sociales y culturales que había fundado hacía muchos años. Las reuniones del partido se hicieron más serias y empezaron a asistir sindicalistas y líderes de organizaciones radicales.

Las cosas llegaron al punto de que algunos de sus compañeros comenzaron a sentirse perseguidos. Decían que en cualquier momento los podrían acusar de guerrilleros y meterlos presos. Muchos de ellos compraron armas. Mi papá se oponía a cualquier tipo de violencia, pero lo convencieron de que guardara un viejo revólver en la casa para defenderse si venían por él. Como no sabía muy bien qué hacer con el arma, la escondió en la terraza, dentro de una matera.

Hasta que llegó ese jueves. Estaba reunido con sus compañeros para discutir el caso de una matanza que había ocurrido en una hacienda en la costa Pacífica, donde unos encapuchados fusilaron a un grupo de

trabajadores y a unos profesores que les daban clases gratuitas de alfabetización y les hablaban de sus derechos laborales.

Cuando salió de su reunión lo empezó a seguir una camioneta con vidrios polarizados. Trató de deshacerse de ella, pero el carro lo persiguió insistentemente. En un momento ya no lo pudo dejar atrás. Cerraron su camino y unos hombres lo subieron a la camioneta.

A mi papá no le gustaba hablar de los diez días que pasó encerrado y tirado en el piso gélido de un improvisado calabozo de una estación de policía. De todas las hipótesis, explicaciones y teorías que se planteaba sobre los motivos de su arresto, al parecer la que más sentido tenía era la de la mala suerte. Efectivamente, su detención se había dado en un momento en el que el gobierno buscaba mejorar su pésima imagen. Durante esos últimos meses la guerrilla había hecho varios atentados que dejaban en ridículo a las autoridades. Así que estas estaban decididas a demostrar que eran eficientes y que estaban luchando contra los grupos subversivos. Por eso se dedicaron a perseguir y a detener —sin cargos reales— sindicalistas, profesores, líderes estudiantiles y cualquiera que pudiera parecer sospechoso.

Cuando lo detuvieron, lo llevaron a un lugar que había sido diseñado para retener sospechosos y para hacerlos confesar cualquier cosa a través de sofisticados métodos de tortura. O bueno: en realidad no tenían nada de sofisticados. Eran más bien efectivos. Ahí tenían un promedio de cincuenta personas a las que

interrogaban sobre sus supuestas actividades ilegales. Por lo general, ninguno de los presos tenía nada que ver con la guerrilla ni entendía por qué lo estaban interrogando. Los policías lo sabían, pero no les importaba demasiado.

A los hombres que llegaban los recibían con una golpiza que los dejaba inconscientes y con dificultad para moverse los días siguientes. Con algunos —casi siempre los más jóvenes— se ensañaban: les rompían algunas costillas y, en los peores casos, les destrozaban un brazo o una pierna. Luego los encerraban en calabozos que no tenían cama o baño. Les tocaba dormir sobre el piso helado y sobre su propia sangre y excrementos. Apenas les daban agua y ningún alimento. Luego, cuando ya estaban un poco recuperados, los desnudaban, los amarraban a un catre metálico y los torturaban con choques eléctricos. Las descargas siempre iban dirigidas al pecho y a los genitales. Las sesiones duraban un par de horas, hasta que las víctimas caían inconscientes o confesaban cualquier cosa que no habían hecho. A las mujeres —muchas de ellas jóvenes estudiantes o profesoras— las humillaban y las manoseaban. Cuando ya estaban a punto de morir o enloquecer, al cabo de meses o semanas, los policías soltaban a los que no habían logrado sacarles ninguna información y buscaban nuevos inocentes.

Mi papá tuvo la suerte de poder salir pronto. Lo único que mencionaba sobre lo que le había sucedido esa horrible semana era que un joven teniente, de

apellido Umaña, fue el único que se compadeció de él. Una noche en la que estaban a punto de someterlo a las torturas, el teniente Umaña le dio un vaso de agua y le dijo algunas palabras reconfortantes. También le regresó sus documentos y una foto de la familia que guardaba en su billetera. Fue un gesto de compasión en medio de tanta crueldad. Mi padre nunca volvería a ser el mismo. Cuando hablaba de su detención, decía: «Me salvó el policía Umaña. Espero algún día poder agradecerle». Al regresar de ese infierno, conservó por siempre dos cosas fundamentales para el resto de su vida: la foto y el recuerdo del teniente.

Desde entonces, ese apellido me acompañó. Fue el germen de mi obsesión, que se despertó el día en que Julia lo volvió a mencionar.

Antes de cumplir veinte años, Víctor Umaña abandonó la Facultad de Derecho en la que, por alguna razón inexplicable, estaba inscrito. Prefería pasar el tiempo jugando ajedrez en los cafés del centro de la ciudad o en algún parque que frecuentaban los pensionados. El ajedrez fue uno más de sus vicios inseparables, que lo acompañaron siempre. También leía cantidades sorprendentes de libros. En ese momento no era un lector refinado ni selectivo. Simplemente tomaba cualquier libro que encontrara por ahí y lo devoraba hasta el final. No se hacía preguntas, ni evaluaba si el material era bueno, malo o mediocre. Umaña leía con rigor y con

afán. No sabía qué buscaba en los libros, pero no por eso pensaba detener su lectura frenética.

Podría haber pasado el resto de sus días frente a un tablero ensayando jugadas de ajedrez o leyendo echado en su cama, siempre fumando, pero su padre le puso un ultimátum: tenía que trabajar.

Así que, por presión y por azar —o por sus cualidades de lector principiante—, Umaña se convirtió en periodista. No era un trabajo que le interesara particularmente. Un día cualquiera se enteró de una vacante en *Voces*, un diario sensacionalista: le parecía un oficio fácil, poco exigente, que no requería mayores conocimientos. Quizás, así fuera escribiendo basura, se podría acercar a los escritores que había empezado a admirar. Fue a la redacción del diario: si no conseguía quedarse con la vacante, alguna otra ocupación encontraría allí. El director del periódico era Tony Correa, un hombrecillo pérfido, casi enano, más interesado en perseguir jóvenes inseguros que en tener un buen diario. Estaba en el negocio de la información sólo por el dinero. Cuando vio a Umaña en los pasillos de la redacción le pareció atractivo. Ordenó que lo contrataran y lo sentaran junto a los otros esclavos.

Los esclavos eran, claro, los jóvenes practicantes del diario obligados a trabajar largas jornadas a cambio de un sueldo de miseria. En esta tormentosa cadena de producción de noticias, a Umaña le fue asignado cubrir la fuente de juzgados. Sus rudimentarios conocimientos de derecho le ayudaron a salirse con la suya.